

ÍNDICE

Primera parte.....	11
1. La última imagen	13
2. Un claustro en llamas.....	15
3. Un billete de lotería de 1931.....	23
4. La «fiebre americana».....	27
5. Hispanista, arquitecto, dibujante y... expoliador	39
6. La conversación que lo cambió todo	45
7. El misterioso «predecesor».....	51
8. Las «líneas rojas» de Boto.....	57
9. Bienvenido, Mr. Byne.....	63
10. «Una recreación historicista del siglo XX».....	67
11. García-Guereta, el «tercer hombre»	71
12. Una prodigiosa memoria	75
13. El «gran negocio» de Fernando	85
14. «Nos roban el claustro».....	89
15. Una «madonna» en el camino.....	99
Segunda parte.....	103
16. Un seísmo en la investigación.....	105
17. La batalla de Alfonso VIII y Sancho IV.....	111
18. El monasterio de la Roca	113
19. «¡Ese claustro es malo!»	117
20. El invitado inesperado	125

21. Viaje a las canteras	133
22. Blanca Mart	141
23. «Las monjas mismas cargaron las piedras»	147
24. El «informe Carbonell»	157
25. «Le quitaron el claustro, pero no la dignidad»	171
26. 1917, carros de piedra	177
27. «Oh, sí, yo vi ese claustro..., era precioso»	187
28. «Yo no soy ningún negociante»	197
29. Cara a cara con Hans Engelhorn	203
30. El claustro mágico.....	219
Epílogo. «Que Dios te bendiga»	223
Agradecimientos	227

CAPÍTULO 1
LA ÚLTIMA IMAGEN
En algún lugar cerca de Barcelona

Aquella madrugada todo cambió para los Martínez. El patriarca —la persona que había marcado el destino de toda la familia— emprendía el viaje hacia la eternidad. Sentado a la mesa del comedor, el cuerpo sin vida de Ignacio Martínez aguardaba el transcurrir de las horas, ya sin prisa. Su mirada se perdía entre los grandes ventanales de la estancia, el corazón de una magnífica vivienda de dos plantas coronada por un torreón. Si hubiera vivido lo suficiente, el anticuario habría podido observar una vez más el jardín y, en el centro, el imponente almendro bajo las primeras luces del alba.

La taza de café ya se había enfriado. Y entre los dedos, el cigarro había dejado de humear hacía rato. Era el último. El rostro inerte del anticuario conservaba, no obstante, la serenidad del líder. La seguridad del protector de una saga que, desde aquella misma madrugada, tendría que aprender a caminar sola.

¿Qué habría pasado por la mente del comerciante en los instantes finales de su existencia? Imágenes fugaces, por supuesto, del taller de restauración de Barcelona, las calles del vetusto Barrio Gótico, la Catedral... También la sonrisa de sus nietos, claro, y el rostro de su mujer María Ángela junto a la mirada de su hijo Federico... Al otro lado lo aguardaban ya sus padres, los hermanos fallecidos a edad muy temprana... y el casco histórico de su ciudad natal bañado en piedra.

Pero el cerebro de Ignacio había reservado para el final una última instantánea: un majestuoso claustro románico en medio de la nada. El viejo sueño truncado por la guerra. El anticuario, como había procurado en vida, se llevaba consigo las claves de aquel arcano. Poco podía imaginar que el gigante de piedra pronto abandonaría Madrid para vigilar de cerca el descanso eterno de su creador.

21 de diciembre de 1956. La fecha de la muerte de Ignacio quedaría reflejada en un recordatorio ilustrado por una pintura de Velázquez, el *Cristo de San Plácido*. Como en una suerte de milagro, el rostro del anticuario heredaba el sosiego de aquel Crucificado que tantas veces había visitado en el Museo del Prado.

CAPÍTULO 2
UN CLAUSTRO EN LLAMAS
Zamora, 23 de junio de 1591

En el claustro de la Catedral todo estaba listo para la celebración de las vísperas de San Juan Bautista. El imponente atrio románico lucía un brillo especial gracias a los vistosos colores de las flores que lo adornaban, el romero cubría casi al completo los arcos y en cada hueco figuraba un santo de bulto. En el remate superior de la construcción podían apreciarse cuatro lienzos y de las paredes colgaban tapicerías buenas de seda. Bajo la techumbre se habían situado retratos y lienzos de muy buena mano, mientras que en los rincones se erigían tres arcos triunfales, armados sobre seda de colores, cubiertos de muchas hierbas y flores. En la parte inferior de los arcos podían apreciarse varios altares, muy ricamente aderezados junto a joyas y piezas de plata. De las paredes se suspendían doseles y colgaduras de terciopelo, algunas de ellas ornadas con oro. Y en una esquina podía escucharse el constante murmullo del agua en una fuente artificial que parecía muy bien.

El cabildo se había esmerado tanto en la decoración del patio para la celebración de la Octava del Corpus que acabó decidiendo que las flores y los ricos ornamentos acompañaran las celebraciones de la tarde y del día siguiente. A las tres en punto, tras el rezo de vísperas, el obispo y los miembros del cabildo salieron en procesión por el claustro. Pero quiso el infortunio que a los pocos minutos de caminar por el bello recinto, un mozo de coro que portaba uno de los ciriales delante de la cruz se volviera, atraído por el rumor del agua de la fuente. En un descuido, el joven pegó la vela a un arco y prendió fuego a los adornos de hierba y romero, secos ya en extremo después de varios días expuestos. El caso es que dentro de un credo el incendio se propagó sin remedio. Los curas, estupefactos ante el desastre que se cernía

sobre el patio, no hallaron mejor idea que atacar las llamas con varas y espadas, lo que fue parte para que el fuego se extendiese con mayor rapidez. Ante tal voracidad, los religiosos decidieron replegarse hacia la iglesia, procurando en la maniobra descolgar las piezas más valiosas que estaban situadas junto a la puerta, aunque solo consiguieron salvar cuatro o cinco paños del obispo.

Por lo apartado de la Catedral, la alarma tardó en llegar a la ciudad y la ayuda se hizo esperar. Entretanto, los clérigos se afanaban en frenar el fuego con tal de impedir que penetrase en el interior del edificio. Desesperados, optaron por derribar las puertas que separaban el claustro de la iglesia. «¡Si no detenemos el fuego, las llamas alcanzarán el coro y se incendiará el templo al completo!». En efecto, el Infierno en persona se cernía sobre la sillería de madera que con tanto esmero había fabricado el maestro Juan de Bruselas y que a este paso no alcanzaría el siglo de vida.

El incendio era de tal magnitud que el aire que lo atravesaba no tuvo piedad con el reloj de la Catedral. El enorme aparato cayó a plomo en el interior de la torrecilla que lo sustentaba, ante el pánico de los presentes por que acabara arruinando gran parte de la iglesia, algo que, gracias al Señor, no llegó a ocurrir.

Lo recio del fuego duró hasta las seis de la tarde, cuando comenzó a perder fuerza. Para las diez de la noche, siete horas después del descuido del monaguillo, el incendio había sido totalmente extinguido. La tragedia, sin embargo, se cobraba la vida de cuatro personas que perdieron la batalla ante la asfixia y las quemaduras. Los cuerpos de tres de los fallecidos aparecieron hacinados en el hueco de una capilla: el racionero Peña, que intentó hasta el final salvar las valiosas piezas expuestas en el patio; el canónigo Durán, quien no supo orientarse entre el humo por la falta de un ojo y un criado del cabildo. Días más tarde moría un capellán, hombre ya de días que no superó el pánico de aquel infierno.¹

1. Archivo General de Simancas, Cámara de Castilla, Diversos de Castilla, leg. 40, n. 66. *Relación de la desgracia de fuego que sucedió en la yglesia catredal de la çiudad de Çamora, domingo, a las tres de la tarde, víspera de señor Sant Juan Vaptista, de 1591 años.* RAMOS DE CASTRO, Guadalupe. *La Catedral de Zamora.* Zamora, Fundación Ramos de Castro, 1982, pp. 453-455. (Adaptación del documento original para este libro).

© del texto: José María Sadia Pérez, 2016
© de las imágenes: sus autores y archivos correspondientes, 2017
© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2017
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com
Primera edición: junio de 2017
DL L 616-2017
ISBN: 978-84-9743-775-2
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.